

HERIDAS DE GUERRA

En la guerra, la primera víctima es la verdad.

Esquilo de Eleusis, dramaturgo griego
(525 a.C.-456 a.C.)

*En las cercanías de Međugorje, Bosnia y Herzegovina,
6 de febrero de 1996.*

Habían partido de Sarajevo a las cinco de la mañana en un autobús provisto por una organización no gubernamental noruega que se ocuparía de reubicar a los niños huérfanos en hogares de la Europa occidental. Eran casi las ocho y media y se aproximaban a la ciudad de Međugorje, cercana al límite con Croacia. Se rumoreaba que en Međugorje desde hacía años se aparecía la Virgen María, la madre de Jesús, el dios de los croatas católicos y de los serbios ortodoxos. Compartían la divinidad y se odiaban igualmente. De todos modos, tamaña deferencia, la de que una señora tan bien emparentada se presentase en suelo bosnio, no había bastado para impedir una de las peores guerras del siglo XX. Por el contrario, la cuestión religiosa se había posicionado en el epicentro de la contienda. Ella, como buena yugoslava, fiel al régimen comunista del gran Tito, no practicaba religión alguna. Y después de esos años de guerra le quedaban pocas ganas de abrazar una creencia.

Miró por la ventanilla. La ruta se abría camino en el típico paisaje balcánico invernal, de montañas boscosas y valles cubiertos de nieve. Podía contar con los dedos de una mano los automóviles y los camiones con los que se habían cruzado en ese paraje solitario. Trató

de animarse pensando en el próximo destino, la ciudad croata de Split, a orillas del mar Adriático, donde pasarían unos días, gentileza de la misma ONG noruega.

Ella no conocía el mar. Había transcurrido sus casi veinte años en el orfanato de Sarajevo, primero como huérfana, luego como asistente de Olga Oltrović, la directora, y nunca había abandonado la capital bosnia. De más estaba decir que, desde el 92, no habría podido aunque lo hubiese deseado; los serbios la habían sitiado con una eficacia indiscutible y, desde las montañas que la circundaban como un anillo de roca, disparaban a todo aquel que lo intentase; en realidad, disparaban sobre cualquiera, intentase escapar o no; lo asesinaban aunque se limitase a recorrer las calles de la ciudad. Recorrer las calles era un decir; no se recorría la Sarajevo sitiada sino que se corría agachado, haciendo zigzag y rogando que las balas de los francotiradores serbios, que zumbaban sobre las cabezas, no los alcanzasen.

Decidió caminar por el pasillo del vehículo para estirar las piernas. Avanzaba hacia la parte delantera y observaba a los niños. Detuvo la mirada en Olga, una especie de madre para ella; se la veía extenuada. En esos casi cuatro años, había envejecido diez. No se teñía desde el 92, y el cabello encanecido se le había vuelto ralo y fino a causa de la mala alimentación. Con un poco de suerte, el sol invernal y el aire del mar les devolverían una pátina de lozanía a sus expresiones, a las de ellas y a las de los niños, si bien no conseguirían borrar las muecas desesperanzadas que cuatro años de encierro y penurias les habían impreso a sus rostros, aun a los de los más pequeños.

Aseguraban que la guerra había terminado; que la firma de los Acuerdos de Dayton, que se habían ratificado en París casi dos meses antes, ponía fin a las hostilidades. “Hostilidades”, se mofó. Estaba claro que quienes empleaban la palabra no habían sufrido las dichas hostilidades. Crueldades, aberraciones, brutalidades, atrocidades, sevicia, esos vocablos habrían descripto con mayor precisión lo padecido durante los más de mil cuatrocientos días de asedio a la ciudad de Sarajevo, el más prolongado de la historia moderna, más aún que el de Leningrado durante la Segunda Guerra Mundial.

¿En verdad había terminado la pesadilla?

Regresó a su asiento en la parte trasera y tomó en brazos a la niña que iba sentada junto a ella, con delicadeza para no despertarla.

—Iva —la llamó Olga, empleando el diminutivo de Ivanka, nombre que la mujer le había dado casi veinte años atrás—. ¿Cómo está la pequeña?

Ivanka la observó. Le calculaba alrededor de un año. Los mofletes colorados no se debían a un aspecto saludable, sino a la fiebre que la acometía desde el día anterior. Le tocó la frente con los labios, y la asustó el calor que emanaba su piel.

Había llegado al orfanato pocas semanas atrás con otros niños, después de haber transcurrido meses pasando de institución en institución. Recordaba el impacto que había significado verla por primera vez. Sus bulecitos negros rebotaban al paso de la enfermera de la organización humanitaria Manos Que Curan, que la cargaba en brazos. No lloraba, no reía; se limitaba a estudiar el entorno con solemne disposición, como si nacer en plena guerra le hubiese moldeado un carácter estoico, desconfiado. Vestía ropas bastante nuevas y de excelente calidad, y no tan sucias como las de los otros recién llegados. Relevó a la enfermera del peso de la criatura y la estudió de cerca. La niña alzó la mano para tocarla, y fue en ese momento cuando le descubrió en la muñeca una cinta de gro rosa pálido con el nombre bordado en punto cruz azul. Larysa se llamaba. La orfandad de la pobre criatura, cuya historia desconocía, encarnaba una de las heridas más dolorosas de esa guerra inexplicable. ¿Cuál sería su destino? ¿Cuál sería el destino de los miles de huérfanos, víctimas inocentes de la más insensata y cruel de las contiendas?

—Sigue afiebrada.

—Dale más líquido, y en... —Olga consultó el reloj del autobús; el de ella lo había canjeado por comida años atrás—. En veinte minutos le toca el febrífugo. No la tengas pegada al cuerpo, Iva; le pasas tu calor y empeoras la situación. Desabrigala un poco.

—Sí, Olga.

—¡Directora! —exclamó el conductor y disminuyó la velocidad—. ¡Mire!

Olga Oltrović se puso de pie y tambaleó hacia la parte delantera. Se inclinó para observar a través del parabrisas. Ivanka estiraba el cuello, incapaz de advertir qué había llamado la atención del hombre. Olga regresó con cara de preocupación.

—*Četniks* —anunció.

—¿Estás segura?

—Tienen el escudo en la boina. Y están armados. Han cruzado un camión en la ruta. Estamos obligados a parar.

—No nos harán nada, ¿verdad? La guerra ha terminado.

—La guerra no ha terminado, Iva. Y creo que nunca terminará —expresó la directora, e Ivanka se limitó a asentir; era de la misma opinión.

* * *

Sentado en la parte delantera de un Mercedes-Benz clase S negro, un hombre observaba a través de binoculares de visión nocturna la ruta que se desplegaba desolada y silenciosa. Su figura parecía ocupar el habitáculo por completo; los hombros le sobresalían fuera del respaldo y la cabeza rapada casi rozaba el techo. Apartó el adminículo y consultó la hora en un Rolex Day-Date de oro amarillo que despejó al sacudir el puño de la chaqueta de cuero. Siete y media de la mañana. Apenas si clareaba en el este.

Volvió el rostro hacia el joven ubicado en el asiento del conductor y, al hacerlo, los débiles rayos del sol revelaron la cicatriz brutal que le nacía en el pómulo izquierdo, descendía por la mejilla, bordeaba la mandíbula y se perdía bajo la bufanda. A juzgar por su tonalidad entre rojiza y morada y por su espesor, se trataba de una herida infligida poco tiempo atrás. Y mal cosida. El hecho de que la línea continuase por el cuello permitía concluir que la vida del hombre había estado en riesgo, con tantas venas importantes en esa zona.

—Ya deberían estar aquí —dijo, mientras consultaba la hora de nuevo, y aunque no había elevado la voz, emergió grave y tronante, autoritaria e inflexible. La oscuridad en el acento iba en concordancia con el aspecto implacable del rostro y con la corpulencia.

—Hay mucha nieve en el camino, *vojvoda* —respondió el muchacho, y empleó un término antiguo, que significa duque en serbo-croata y con el que se distinguía a los señores del Medioevo en los Balcanes.

—¿Están seguros de que siguen al autobús correcto?

—Sí, *vojvoda*. Partió esta madrugada del orfanato Mariscal Tito. Goran Vasilić nos aseguró que estaba allí. Y Flavio Gabrielli lo confirmó.

—Vasilić —masculló en un susurro despectivo—. Ese policía de

Sarajevo solo está trayéndome problemas últimamente. De Gabrielli no me fío.

—Yo tampoco, *vojvoda*, pero se ha ocupado bien del negocio mientras tú te recuperabas, lo mismo su socio Lang. Se han comportado bien —remarcó—. En cuanto a Vasilić, te teme demasiado para darte información falsa. Además, Debeli también lo confirmó. En este momento, él y sus hombres siguen al autobús a distancia prudente. E hicieron guardia frente al orfanato desde que Vasilić nos aseguró que estaba allí. Más de una semana estuvieron nuestros hombres vigilando las salidas, la principal y la trasera.

—¿Y? ¿Lograron verla?

—No, *vojvoda*.

—Entonces, ¿cómo saben que lo que dice Vasilić es cierto?

—Por averiguaciones muy confiables.

—Al menos, ¿la vieron subir al autobús?

—Preguntaré a Debeli. Con suerte, su radio ya estará dentro de la zona de alcance.

El muchacho tomó el walkie-talkie que descansaba sobre el tablero y oprimió el interruptor. Acercó el aparato a la boca y habló.

—Volante Dos, aquí Volante Uno. Cambio.

—Aquí Volante Dos, ¿qué sucede?

—¿Vieron al objetivo subir al autobús esta madrugada? Cambio.

—No. Era de noche y no había una puta luz en la calle. Pero dos de mis hombres en Sarajevo me confirmaron que el lugar quedó desierto. *Todos* subieron al vehículo. Va delante de nosotros. Lo seguimos de cerca. Cambio.

—Entendido. Cambio y fuera.

La espera prosiguió en silencio. El muchacho sirvió café humeante y se lo pasó al hombre, que lo bebió con fruncidas que le remarcaron la cicatriz. Media hora más tarde, la radio regresó a la vida con una llamada de Volante Dos.

—Volante Tres, aquí Volante Dos. Cambio.

—Aquí Volante Tres.

—Prepara el camión.

—Entendido. Cambio y fuera.

Los ocupantes del Mercedes-Benz oyeron el rugido del motor y vieron la nube de gases que exhaló el caño de escape del camión estacionado a pocos metros. El vehículo abandonó la banquina y se detuvo en medio de la ruta cubierta de nieve. Su posición dificultaba la

visión del *vojvoda*, por lo que se cubrió la cabeza rapada con un gorro de lana negro y descendió del automóvil. El frío matinal le golpeó la cara y le contrajo la cicatriz causándole una molestia que se obligó a desestimar. Caminó unos pasos y se ubicó de pie junto a la trompa del camión para seguir vigilando la ruta con los binoculares. Descollaba con su altura de dos metros, y la vestimenta negra contrastaba con la blancura del paisaje.

Minutos después, la silueta de un autobús se perfiló en la lejanía, y un poco más tarde los alcanzó el sonido del motor y el de los neumáticos con cadenas que mordían la nieve. Esperó con simulada parsimonia cuando en realidad le resultaba difícil controlar la ansiedad. El joven se ubicó a su lado mientras hablaba por radio con Debeli, al que llamaban Volante Dos.

—*Vojvoda*, es tiempo —informó al acabar la comunicación.

—Da la orden.

—Volante Tres, alístense.

Dos hombres saltaron fuera del habitáculo del camión. También iban de negro, con recios borceguíes, y en sus boinas de felpa estilo militar se apreciaba un escudo blanco que constaba de una calavera con dos fémures cruzados debajo, circundada por la leyenda en cirílico “*Por el rey y la patria, libertad o muerte*”. Los chasquidos que produjeron los cargadores al calzar en los fusiles Kaláshnikov se propagaron como un anuncio infausto en el aire gélido. El autobús, que había comenzado a bajar la velocidad varios metros atrás, se detuvo ante los dos hombres armados. No lo apuntaban y mantenían sus armas con los cañones al suelo.

—¡Abra! —El chofer cumplió la orden—. ¡Fuera! ¡Salga fuera!

Una mujer canosa, con expresión aterrada, se asomó por la puerta. A punto de preguntar por qué los detenían, se echó hacia atrás al ver que el conductor caía con un hueco humeante en la frente. El eco del disparo se confundió con los gritos que explotaron dentro del autobús.

El muchacho y el *vojvoda* sortearon el cadáver y subieron al vehículo de un salto. La mujer fijó la vista en el primero y, mientras retrocedía, tartamudeaba las preguntas.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? ¿Qué hacen aquí?

El joven se cruzó el índice sobre los labios en el gesto de pedir silencio.

—¿Por qué nos han detenido?

—Aquí las preguntas las haremos nosotros —indicó—. Hágase a un lado. —La empujó, y la mujer acabó encima de una de las niñas para dar paso al gigante con la cicatriz en la cara, cuya actitud seria y sigilosa asustaba; no había pronunciado palabra y se dedicaba a avanzar por el pasillo mientras echaba vistazos a diestro y siniestro. Olga le distinguió, prendida en la solapa de la chaqueta, la *kokarda četnik*, un distintivo forjado en plata de la época de la Segunda Guerra Mundial, en la cual destacaba el águila bicéfala, símbolo de la monarquía serbia.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el joven.

—Olga Oltrović. Soy la directora de un orfanato de Sarajevo. Estoy transportando a mis niños...

—Estos niños ya no son su problema.

—¡Claro que lo son! Son mi responsabilidad. Tengo...

—Deme la lista con los nombres de todos los niños.

—Tengo la autorización del Ministerio de...

El muchacho extrajo una pistola y la apuntó.

—¡Hágalo! —rugió cuando la mujer persistió en una mueca confusa.

—Guarda la pistola. —La voz del gigante inundó el espacio, y aun los niños se mostraron afectados. El joven calzó el arma de nuevo bajo la chaqueta—. Entréguele lo que le pide. Ahora —añadió el hombre con la vista fija en Olga, que se apresuró a asentir.

La sacó de un bolso. La delgada carpeta con papeles temblaba en la mano de la directora en tanto la extendía hacia el muchacho que, según sus cálculos, no llegaba ni a los treinta, y sin embargo poseía ese gesto y esa mirada carentes de humanidad que habían desarrollado los serbios durante la guerra. Solo a la voz del gigante había recobrado un atisbo de sumisión. En cuanto al gigante, estimó que rondaría los cuarenta, aunque era difícil calcular la edad de un hombre cuyo rostro desfigurado y cuya mirada fría parecían haber vivido centurias, como si proviniese de los tiempos de los caballeros cruzados o de los guerreros vikingos. Esos ojos de un azul hielo habían visto más de lo que un alma estaba preparada para soportar en una vida.

—Baje —le ordenó el más joven.

Olga echó un vistazo a los soldados con boinas negras y fusiles AK-47 que la aguardaban fuera del autobús.

—No —suplicó—. Mis niños...

—¡Descienda!

Ivanka se atrevió a erguirse en el asiento para observar a Olga en el momento en que bajaba del vehículo. No tardó en escuchar el estruendo sordo del disparo que le anunció la muerte de la mujer a la que había querido como a una madre. Una nueva oleada de gritos e histeria se apoderó de los huérfanos. Ella, en cambio, permanecía maniatada por una incredulidad que le imposibilitaba actuar, razonar, gritar o llorar. No se atrevía a moverse, ni siquiera para echar un vistazo por la ventanilla al cuerpo de Olga sobre la nieve, ni siquiera para defender a los huérfanos que lo eran todo para ella. Volvió a cerrarse sobre el cuerpito afiebrado de Larysa y a desear que la situación regresase a la normalidad, como cuando era niña y cubrirse la cabeza con la manta resultaba un arma eficaz para alejar a los monstruos que la visitaban en sueños.

El gigante avanzaba a paso lento. Los niños estaban aterrorizados; casi todos lloraban, y cuando los más pequeños se deslizaban bajo los asientos, el hombre los aferraba por las ropas, los arrancaba con suavidad del escondite y les estudiaba el rostro. Volvía a depositarlos sin un gesto, sin una palabra.

Sujetó a Ivanka por el cabello y la obligó a incorporarse. La muchacha alzó la vista y se sobresaltó al encontrarse con los ojos más hermosos de los que tenía memoria, de un azul intenso, con algo de turquesa, y una negrura en las pestañas pobladas que exacerbaba la belleza del cuadro. Igualmente resultaban duros y fríos.

—Déjame ver. ¿Qué tienes ahí?

Ivanka acomodó el torso para ocultar a la niña cuanto fuese posible.

—Es una huérfana —barbotó—, una pobre niña. No es nadie.

—Dámela.

—Por favor, se lo suplico, está enferma y...

Ivanka calló cuando el gesto del hombre se endureció y los labios finos se le convirtieron en una línea tensa. Levantó a Larysa y se la entregó como en sacrificio. El gigante la acomodó con maniobras prácticas y con cuidado y la estudió. La pequeña, obnubilada por la fiebre, se mantenía callada y con los ojitos entrecerrados. Ivanka lo estudió a él, incapaz de apartar la vista pese a que le inspiraba el pánico más acendrado que conocía, y eso era mucho decir de alguien que había vivido cuatro años en la Sarajevo sitiada. La sorprendió que rebuscase entre las prendas de la niña, y lo vio es-

bozar una sonrisa al dar con la cinta de gro atada a la muñeca. Permaneció con la vista fija en la pulsera, no en la actitud de quien está analizando el hallazgo, sino en la de quien se ha perdido en los pensamientos.

La diminuta sonrisa desapareció. El gigante se volvió y le entregó la niña al muchacho, que la recibió en silencio y la acomodó con bastante destreza sobre su pecho. El hombre se quitó la chaqueta y la usó para cubrir a la pequeña.

—Llévala al auto.

—Sí, *vojvoda*.

—¡No! —Ivanka se propulsó fuera del asiento y se abalanzó sobre el joven que se alejaba con la niña. Una fuerza la detuvo en seco y la devolvió con brusquedad a su sitio.

Sin la chaqueta de cuero, con un suéter negro de lana fina ajustado al cuerpo como si le fuese chico, el hombre resultaba más ominoso. La miraba de un modo extraño, como si ella fuese una criatura de otra especie que le despertaba curiosidad.

—Tienes agallas, te lo concedo —dijo al cabo, sereno y dueño de sí.

Igualmente, no se dejaría engañar por su actitud moderada. Sabía que le tocaba el turno, así como les había tocado al conductor y a la directora. No le temía a la muerte después de haber coqueteado con ella durante tanto tiempo. Reflexionó en lo irónico de haber sobrevivido a la guerra para desaparecer cuando se suponía que Bosnia estaba en paz. En verdad, no le importaba. Sin Olga ni el orfanato, ¿qué sería de ella? La única voz débil que la instaba a vivir provenía del amor que sentía por los niños que permanecían en sus asientos y que afrontaban la situación con entereza admirable.

—Tú no eres una huérfana —afirmó el gigante.

—Lo soy —tartamudeó, incapaz de articular correctamente; los labios le temblaban como si padeciese un frío intenso.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—¿Qué haces todavía en el orfanato con diecinueve años?

—Soy... Era —se corrigió— la asistente de la directora.

—¿Cómo te llamas?

—Ivanka Broz.

—¿Broz? ¿Como Josip Broz?

—Sí.

—¿Eres su parienta?

—Nos ponían el apellido del mariscal Tito cuando desconocían nuestros orígenes.

—¿Por qué tenías tú a la niña?

—Está muy apegada a mí, y como no se sentía bien...

—¿Qué tiene?

—No lo sabemos. Fiebre alta. Quizás se...

—Baja del autobús —la interrumpió.

Pues bien, de ese modo terminaba su corta existencia. No había sido esplendorosa ni llena de episodios interesantes, pero la habían amado y ella había amado a su vez, y eso le bastó para ponerse de pie y caminar por el pasillo. Con la vista fija al frente, nublada a causa de las lágrimas, iba pasando las manos por las cabecitas de los huérfanos que la llamaban, aterrorizados; algunos intentaban sujetarla. El gigante, detrás de ella, los apartaba sin pronunciar palabra.

Descendió. Fue un impacto descubrir los cuerpos de Olga y del chofer sobre la nieve teñida de sangre. De modo instintivo, dio un paso atrás y su espalda chocó con un bloque duro. El hombre la obligó a volverse y la miró fijamente para decirle:

—Sube al auto. —Lo señaló con un ademán de cabeza.

Se dirigió hacia el Mercedes-Benz negro sin percatarse de que no se había puesto el abrigo, que la temperatura era de varios grados bajo cero y que dos hombres armados la escoltaban. Le abrieron la puerta trasera, y subió. Allí estaba Larysa, dormida bajo la chaqueta de cuero. Recogió a la niña en brazos y le besó la frente. Lloró hasta que el sacudón del automóvil al ponerse en marcha la rescató del estupor. Alzó la cabeza y se limpió las lágrimas con la manga de la camisa.

El muchacho conducía y el hombre de la cicatriz ocupaba el asiento del acompañante. Se asomó por la luneta y vio que los seguían el autobús, el camión y otro automóvil. Sobre la ruta quedaban los cuerpos de Olga y del chofer.

Bajó la vista y se encontró con los ojos azules de Larysa, que la observaban, confiados. La guerra no había terminado para ella ni para los otros niños del orfanato Mariscal Tito.

CAPÍTULO I

*En esas largas noches de insomnio,
en el terror negro que no era al enemigo sino a algo dentro de mí,
nacé como lo que soy,
inseguro de todo en mí y de todo lo que es humano.*

Meša Selimović, escritor bosnio
(1910-1982)

Londres, 6 de noviembre de 2000.

Mariyana Huseinovic, nombre de guerra La Diana, entró en la antesala de la oficina del general danés Anders Raemmers, cabeza de L'Agence, uno de los grupos militares más secretos del mundo que formaba parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, conocida como OTAN.

Marcada por un brutal entrenamiento, La Diana analizó el entorno apenas cruzó el umbral. Resultaba obvio que el general no había llegado. Danika e Inger, las secretarias, estaban demasiado tranquilas cuando lo normal era verlas estresadas, yendo y viniendo, luchando con la fotocopidora o las impresoras, hablando por teléfono con un auricular en cada oreja. Incluso Inger, la más antipática, coqueteaba con el chico del sector de Tecnología y Armamento que se ocupaba de “limpiar” el despacho de Raemmers de posibles micrófonos y cámaras ocultas. Otro dato que confirmaba la ausencia de Raemmers era la veintena de periódicos que seguía prolijamente apilada cuando para esa hora de la mañana el general los había hojeado todos.

—Acaba de llamar —le informó Danika sin saludarla—. Dijo que está llegando. Pidió que lo esperases. Tiene que hablar contigo.

La Diana asintió y se guardó de formular preguntas; sabía que no habría obtenido respuestas, sin mencionar que se lo habría considerado indiscreto. En L'Agence, el principio cardinal que se aprendía rápidamente rezaba que cada uno se ocupaba de sus asuntos y que solo se precisaba saber lo que los superiores juzgaban conveniente informar.

—¿Puedo? —preguntó La Diana, y señaló los periódicos.

Danika le entregó el primero de la pila, que resultó ser *The London Times*, y La Diana se sentó en uno de los sillones. Muchos artículos referían a los inminentes comicios en Estados Unidos, en los que George W. Bush y Al Gore se disputarían la presidencia al día siguiente. Otro hablaba de la separación de dos pequeñas siamesas; una moriría inevitablemente. El periódico también se ocupaba de las tormentas en la Europa oriental que se habían cobrado veinte víctimas. Siguió leyendo hasta que le llamó la atención un artículo acerca de la compra de un banco, el FBF Bank, con sede en Friburgo y cuyo precio se había acordado en trescientos cuarenta y cinco millones de marcos alemanes, más de ciento cincuenta millones de dólares estadounidenses. Venía siguiendo la noticia desde hacía semanas debido a la nacionalidad del comprador, el magnate serbio Aleksandar Ilić, dueño de un imperio del cual, algunos aseguraban, no se conocían los límites. A sus tantas empresas, entre las que destacaban una farmacéutica y una biotecnológica, ahora se le sumaba un banco, que si bien pequeño, La Diana no tenía duda de que el zar de los negocios, como lo apodaban, lo haría medrar hasta conducirlo a los niveles de las más reputadas entidades financieras del mundo.

Fijó la vista en la fotografía en blanco y negro de Aleksandar Ilić, quien, apoyado en un bastón, impecable en un traje oscuro y escoltado por dos guardaespaldas, sonreía a las cámaras y saludaba con la mano como si fuese una estrella de Hollywood. Era famoso por su carisma y su sonrisa fácil, por sus donaciones y trabajos de beneficencia, en especial para la construcción de la Republika Srpska, la entidad serbia nacida durante la guerra y refrendada en los Acuerdos de Dayton. El sector musulmán y croata se llamaba Federación de Bosnia-Herzegovina, y juntas conformaban la nación que el mundo conocía como Bosnia y Herzegovina.

La sonrisa de Ilić no la engañaba. Se preguntó cuánto de su fortuna destinaría a financiar las huidas y los escondites de las decenas

de criminales de guerra serbios y serbobosnios que seguían en libertad después de haber violado todos los derechos humanos habidos y por haber. Raemmers le había asegurado que el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia lo había investigado concienzudamente y no había hallado nada, ni siquiera un indicio, que lo inculcase. “Entonces no lo investigaron tan concienzudamente, general”, había sido su respuesta, porque estaba segura de que Ilić no era trigo limpio.

Olvidó al magnate serbio con ciudadanía inglesa cuando dos palabras de otro titular captaron su atención: *huérfanos* y *Sarajevo*. Leyó el título completo. *¿Adónde fueron a parar los niños huérfanos de Sarajevo?* El columnista era un tal Albert Coleman, y junto al nombre se detallaba la casilla de correo electrónico. Decidida a no leer el artículo para evitarse un mal rato, la curiosidad y un sentimiento más oscuro del que no deseaba conocer la profundidad ni las motivaciones la impulsaron a devorar los párrafos.

¿ADÓNDE FUERON A PARAR LOS NIÑOS HUÉRFANOS DE SARAJEVO?
por Albert Coleman

La pregunta hace temblar: ¿dónde están los niños evacuados de Bosnia durante la guerra? Cientos de niños bosnios han desaparecido. Fueron transportados por organizaciones no gubernamentales europeas fuera del territorio azotado por la cruel guerra de principios de los noventa, y no se ha vuelto a saber de ellos. No todos eran huérfanos. Muchos fueron entregados por sus padres a las ONG para que los sacaran de un país que solo les ofrecía un destino nefasto. Desde hace años, sus familiares, aquellos que sobrevivieron, o amigos de sus familias están suplicando que se averigüe qué suerte corrieron. Pero gritan en el desierto, como el caso de Alma y Hamid, cuyo hijo Azem salió de Sarajevo en un convoy que lo conduciría a Alemania, donde sería protegido hasta que sus padres pudiesen unirse a él. “Nos dijeron que solo a los niños se les permitía abandonar Sarajevo, que los četniks —Alma se refiere despectivamente a los serbios, apelativo que acuñaron durante la Segunda Guerra Mundial— respetarían los autobuses con niños, pero no fue así. La Cruz Roja averiguó que el convoy en el que viajaba nuestro hijo cayó en manos de los četniks antes de que pudiese llegar a Croacia. Secuestraron a siete pequeños por

tener nombres musulmanes, entre ellos a mi Azem. La Cruz Roja ha rastreado a mi hijo hasta Belgrado, donde fue internado en un hospital, no sabemos por qué. Luego fue llevado a Montenegro. Allí se pierde el rastro. Creemos que le pasó lo peor, y ya hace tantos años. Temo que no volveré a verlo”.

Otro caso que conmociona al mundo es el de Gordana, una niña de Srebrenica, quien terminó en manos de proxenetas en Milán y que hace poco consiguió escapar y pedir refugio a una ONG que se ocupa de combatir el tráfico sexual. “Salimos de Bosnia en avión y aterrizamos en Milán”, nos cuenta Gordana. “A mí me entregaron a una pareja que me adoptaría, ya que yo había perdido a mis padres y a mis hermanos. Pero la pareja no era un verdadero matrimonio sino unos proxenetas que me obligaron a prostituirme desde los catorce años, cuando yo ni siquiera sabía bien lo que era el sexo”. Lamentablemente Gordana es VIH positivo como consecuencia de este comercio aberrante.

Consultada la vocera de la ONG Defensores de los Derechos Humanos, Dorianne Jorowsky, asegura que se está trabajando con los servicios de inteligencia para averiguar sobre estos niños. “Hemos localizado a varios que fueron comprados por matrimonios ricos de la Europa occidental. Como eran niños blancos, muchos de ellos rubios y de ojos celestes, se cotizaban en miles de dólares. Este es el mejor escenario pues si bien fueron arrebatados a sus padres, han vivido en hogares y, esperamos, han sido amados y protegidos. Ahora la justicia intervendrá”. Al preguntarle quiénes los vendían, Jorowsky contestó que no podía precisar nombres en esta etapa de la investigación, que era parte del secreto de sumario.

En cuanto al resto del cual nada se sabe, ¿cuáles son las sospechas? “Seré sincera”, confiesa Jorowsky, “no tenemos mucha fe de hallarlos con vida. Creemos que han pasado a formar parte del circuito de tráfico de órganos, en el cual se mueven ingentes cantidades de dinero, o bien del tráfico sexual, otro negocio que se está convirtiendo en uno de los más redituables junto con el de la droga”.

Las autoridades bosnias admiten que muchas veces confiaron en organizaciones con antecedentes poco claros, como la que habían fundado en aquella época el milanés Flavio Gabrielli, de dudosa

reputación aun antes del inicio de la guerra, y su amigo el austriaco Klaus Lang, al que se sabe desde hace tiempo relacionado con el tráfico de armas y estupefacientes. Se dice que Lang puso a disposición de Gabrielli su línea aérea comercial FlyFree Airways para transportar a centenares de niños. En su defensa, Gabrielli y Lang aseguran haber entregado los niños a las autoridades en los aeropuertos de destino.

Los carabinieri han intentado apresar a Gabrielli pero se ha fugado, y son sus abogados, de un estudio muy prestigioso de Londres, los que hablan por él. Lo mismo han tratado de hacer las autoridades austriacas con Lang. Interpol y Europol van tras sus huellas.

El último autobús desaparecido en suelo bosnio partió desde Sarajevo la madrugada del 6 de febrero de 1996, a menos de dos meses de terminada la guerra. Los niños que viajaban a la ciudad de Split en Croacia pertenecían al orfanato Mariscal Tito. El vehículo con los huérfanos se desvaneció y en su lugar quedaron dos cadáveres, el del chofer y el de la directora del hospicio, Olga Oltrović, hallados al borde de la ruta, a pocos kilómetros de la localidad de Međugorje, asesinados con armas de fuego. No hay testigos. Han pasado más de cuatro años desde este hecho atroz, y nada se sabe de los asesinos. Ni, por cierto, de los niños secuestrados.

En los últimos días, investigadores de Interpol han deslizado la posibilidad de que se les hubiese pagado a los padres miles de marcos alemanes (moneda de uso corriente en la ex Yugoslavia durante la guerra) para que estos aceptaran enviar a sus hijos en los convoyes. Esta información, de verificarse, echaría más oscuridad sobre una noticia de por sí escalofriante.

Acabó la lectura con las axilas sudadas y las mandíbulas contraídas. Así la encontró el general Raemmers, que, luego de destinarle un vistazo, masculló órdenes a las secretarías sin detenerse en el avance hacia el despacho. Lo seguía Hela Hansen, una noruega a quien de espaldas se la confundía con un hombre; usaba el cabello de un rubio blanquecino al ras y sus hombros eran los de un *quarterback*. Hela Hansen y ella eran las únicas mujeres de L'Agence que "bajaban al terreno", eufemismo que se empleaba para significar que eran las únicas mujeres soldado de la institución. Las demás

congéneres se desempeñaban como secretarias o bien trabajaban en otros sectores, como el de Informática.

El general se detuvo antes de ingresar en el despacho y susurró algo a Hela de lo cual La Diana solo captó “prepara la MSM”. Desde su ingreso en L’Agence en febrero del año anterior había aprendido que la jerga militar se componía especialmente de siglas, en su mayoría de origen inglés, como esa, MSM, que significaba *mission strategy meeting*, una reunión con los diferentes equipos de la organización para trazar la estrategia de un operativo.

Hela contestó en su inglés perfecto y abandonó la antesala sin saludar a nadie; era tan fría como las tierras de las cuales provenía, característica que a La Diana no solo no la fastidiaba sino que le convenía. Padeciendo afenofobia o, como otros la llamaban, hafefobia, una condición por la cual no toleraba el contacto físico humano, se sentía cómoda entre personas distantes como Hela.

—Diana —llamó Raemmers, y la joven devolvió el periódico a la pila antes de dirigirse al despacho del jefe—. Cierra la puerta y siéntate.

Sabía que el general había viajado la semana anterior a Bruselas, sede de los cuarteles generales de la OTAN, para asistir a la reunión de los miércoles con el Consejo del Atlántico Norte, la máxima autoridad de la alianza. Acababa de regresar a Londres. Se lo veía tenso, demacrado. Las penalidades sufridas en el último año comenzaban a pasarle factura. La pérdida de su única nieta, Birgitta, a causa de una sobredosis de heroína; la muerte en un accidente aéreo de Yura Christiansen y Miki, la hija y la nieta de su mejor amigo; y meses más tarde, el ictus de su esposa Charlotte que la había confinado a una silla de ruedas, se sumaban a las presiones y a los problemas de L’Agence y de la OTAN. El general era uno de los hombres más sólidos y estables que conocía, pero todo tenía un límite.

—Te mandé llamar para anunciarte que te unirás a La Uno —Raemmers aludía a una de las dos escuadras de L’Agence— para ir tras un criminal de guerra. También participarán tres hombres de Eurocorps. ¿Quieres un café?

La Diana dijo que no. Raemmers se puso de pie y se sirvió uno. Regresó al escritorio y sorbió un trago. Las preguntas flotaban en el aire, pero La Diana no las formularía en tanto el general no la autorizase a hablar.